

Crisis especulativa anunciada

Araceli Damián*

Los barones del dinero hicieron caso omiso de las advertencias sobre el peligro que implicaba seguir alimentando la burbuja especulativa. Ahora exigen ayuda inmediata, con dinero de los contribuyentes, para “salvar” la economía norteamericana de la debacle que ellos mismos provocaron.

El electorado norteamericano no cree más en sus mentiras. Los banqueros y, los defensores del neoliberalismo prometieron que la desregulación de los mercados, en este caso los financieros, traería prosperidad. Ahora enfrentan al mundo entero a la incertidumbre y al caos.

Por esa razón los ciudadanos norteamericanos se niegan abiertamente a apoyar a los ricos de su país. Los senadores y, aunque a regañadientes los diputados también, han preferido ignorar el rechazo de los electores al aprobar el plan Bush (aunque con cambios) y salvar a los barones, mientras que son sacrificadas millones de familias.

Muchos críticos del modelo neoliberal advirtieron sobre los peligros que acarrearía para las economías la falta de control al capital financiero y, en general, la implantación de dicho modelo. Las referencias pueden ser inmensas, pero en esta ocasión quiero referirme a algunos pasajes de libro de André Gorz (*Misérias del presente, riqueza de lo posible, Paidós, 1998*), quien para analizar las tristes perspectivas que se presentaban en el mundo del trabajo de los años noventa, hace una reflexión sobre las calamidades que el neoliberalismo provoca en la economía real.

Este autor sostiene que con el establecimiento, a finales de los años setenta, del modelo neoliberal se sustituyeron “las leyes que se dan las sociedades-Estado por las “leyes” sin autor del mercado. Gracias al juego sin obstáculos de esas “leyes” se sustrajo el capital del poder de la política.” En consecuencia, los Estados-naciones se debilitaron, convirtiéndose en fieles defensores de los intereses financieros ante el temor de que los capitales salieran huyendo del país o dejaran de suministrar recursos para sus campañas políticas.

Gorz tiene claro las dos pinzas de la posible debacle futura. En cuanto al capital productivo señala que logró producir volúmenes crecientes de riqueza, distribuyendo cada vez menos salarios y pagando cada vez menos impuestos sobre los beneficios y dejando de tal manera de financiar los costos sociales y

ambientales engendrados por la producción. Este proceso se agudizó recientemente, de manera notable en la administración Bush, reduciéndose los impuestos de las clases altas, y desmantelando (o frenando el desarrollo) del estado de bienestar que garantizaba un bienestar mínimo a la población. De igual forma los gobiernos y empresarios ignoran la gravedad del desastre ecológico en el que se encuentra la humanidad.

Después de la instauración plena del neoliberalismo en la era Reagan-Thatcher las grandes crisis financieras habían afectado, sobre todo, a los países subdesarrollados recientemente liberalizados. Ahora el capital financiero no tienen a dónde ir, la crisis la tienen en su principal mercado, Estados Unidos. Ante la actual crisis, las palabras de Gorz parecen proféticas. Afirma:

“Así la reproducción material y cultural de las sociedades entra en crisis y la anomia, la barbarie, las guerras “civiles”, el miedo a un desfondamiento de la civilización y a la implosión de la economía globalizada, basada en las finanzas, en la cual el dinero produce dinero sin vender ni comprar nada más que dinero, se extiende a todos los continentes. El dinero se convirtió en un parásito que devora la economía y el capital en un depredador que saquea la economía.”

Cabe señalar que los demócratas se han visto beneficiados por la crisis (basta mirar el aumento en las preferencias del electorado por Barak Obama) ya que los republicanos no han sido capaces de frenar la debacle. Sin embargo, no hay que olvidar que en los años noventa, durante la administración Clinton, los demócratas fueron los artífices de las modificaciones legislativas que “liberaron” los mercados financieros para que pudieran especular libremente, sin miramientos sobre las consecuencias de tal liberación.

La semejanza entre las políticas promovidas por demócratas y republicanos refleja una de las principales características de la cultura norteamericana que Bertrand Russell identificó en su viaje a los Estados Unidos realizado en 1930: la homogeneidad en el pensamiento y opinión de la población norteamericana. Russell notó con preocupación que la población, y en particular, los profesionistas de todo tipo tenían los mismos puntos de vista y se esperaba que todos se conformaran con el patrón de vida establecido de “ejecutivo exitoso”.

Si desde entonces la “moderna homogeneidad”, como le llamaba, imperaba en ese país, no sorprende que los demócratas impulsaran con tanta facilidad reformas cuyo contenido parece más propio del pensamiento republicano.

Russell señala que una consecuencia preocupante de tal homogeneidad es que provoca que la sociedad se vuelva altamente intolerante con el que piensa distinto y se niegue a considerar puntos de vista o cursos de acción alternativos. Esta actitud deriva en la adopción de posiciones sin justificación empírica y sin considerar la justicia social, como las que han venido tomando los barones del dinero.

Recordemos que ante cualquier crítica a los principios neoliberales sus defensores insistían con fanática certeza que no existía otra alternativa. Sin embargo, ante la magnitud de la crisis, el pensamiento único dominante se está debilitando.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx